

*A Aquel en cuyo templo, el Arco está iluminado por las estrellas,
A Aquel en cuyo templo, el Sol es la imagen de Dios,
A Aquel a cuyo templo va la Luna cada mes
Y lleva el mensaje cada luna llena,
Y cuyo mensaje, la Luna canta como una palabra de dieciséis letras,
A Su religión yo pertenezco; Su templo visito,
Su nombre pronuncio; en Su gloria vivo.
A Él le ofrezco el loto de mi día,
A Él le ofrezco el loto de mi noche.*

Estos pensamientos simientes, extraídos de las meditaciones dadas en el libro "Psicología Espiritual" del Dr. Ekkirala Krishnamacharya, emiten la nota del Mensajero Lunar del Círculo de Buena Voluntad. La Luna es el principio reflector y el símbolo de la mente. Cuando ella es pura y se encuentra en calma, refleja las impresiones de los Círculos Superiores. Especialmente el tiempo de la luna llena nos conduce al alineamiento superior si estamos lo suficientemente preparados. El alineamiento del sol, la luna y la tierra en el cielo ayuda a experimentar la magia de la luz del Alma y su manifestación que desciende hasta lo físico.

El Mensajero Lunar se publica cada mes en el tiempo de la Luna Llena. Contiene pensamientos de las enseñanzas de la sabiduría eterna. Su propósito es el de inspirarnos a aplicarlos en la vida práctica.

PERSPECTIVAS DE SABIDURÍA 163: CONCIENCIA

El Despertar de la Conciencia

Todos somos, en esencia, divinos y, por lo tanto, llevamos en nuestro interior la naturaleza divina. Desde ese centro de lo divino recibimos la voluntad de hacer el bien en nuestras acciones. También recibimos el conocimiento necesario para lograr cosas buenas. Cuando nos esforzamos por desarrollar lo divino, el amor crece de forma natural en nuestro interior y a nuestro alrededor, y utilizamos de manera sensata los recursos de la naturaleza en beneficio de todos los seres vivos de este planeta. Cuando no se busca lo divino en el interior y en la naturaleza, falta la inclinación a comprometerse con los valores y a aceptarlos. Solo quienes buscan la luz pueden encarnar los valores.

Muchas personas carecen de una comprensión adecuada del alma y de la inmortalidad. La ciencia les ha dicho que no existe Dios ni espíritu en el ser humano. La vida espiritual es negada, frenada y reprimida. Las personas se dedican a idolatrar las cosas mundanas. La voz interior, que da testimonio de la vida más allá de lo material, se ahoga en el ruido y el ajetreo del trabajo, el ocio y las distracciones. Cuando toda la vida se centra en lo material, desaparece el sentido de la existencia. Se pierde el impulso para llevar una vida recta.

Cuando reconocemos lo divino en nuestro interior, despertamos la conciencia y la desarrollamos. El surgimiento de la conciencia se basa en nuestra conexión con lo divino, ya sea en nosotros mismos o en los demás. Esta conciencia no nos permite hacer cualquier cosa. Nos lleva al autocontrol. Un autocontrol para no hacer daño a los demás; una moderación para no manipular a los demás; una moderación para no robar las cosas y los bienes ajenos. Todo esto ocurre de forma totalmente natural cuando la conciencia despierta en nosotros.

En la persona corriente, la conciencia no está muy marcada. En cambio, en un discípulo que recorre el camino espiritual, la conciencia está muy presente. La conciencia es el pensamiento del ser interior, denominado *Buddhi*. La conciencia es el pensamiento del alma, pero no de la

personalidad. El pensamiento de la personalidad trabaja al servicio de los deseos de la personalidad. A través de la conciencia surgen destellos de indicaciones que provienen del alma. El pensamiento de la personalidad no presta atención a esos destellos de luz y, a menudo, ni siquiera comprende por qué debe seguir una idea que se le ocurre de repente. No se esfuerza por comprender ni poner en práctica las indicaciones que llegan del alma a través de *Buddhi*.

La deducción es el modo de funcionamiento del pensamiento de la personalidad. Necesita respuestas para todo lo que hace. Para cada «por qué» necesita un «porque». Quien busca el «por qué» se queda atrapado en el mundo de las causas. El efecto de la sabiduría sobre la conciencia no necesita, en un primer momento, ninguna razón. La pregunta de por qué amamos a una persona concreta no encuentra respuesta en nuestro propio pensamiento. La conciencia va más allá del pensamiento. La mente forma parte del pensamiento. El pensamiento es el gobernante de la personalidad, que no permite nada que vaya más allá de la personalidad. Si desarrollamos la conciencia y actuamos en consonancia con ella, entonces el pensamiento construye su propio razonamiento para seguir a la conciencia. Aprendemos a controlarnos y a dejar de lado nuestra personalidad.

La Voz de la Conciencia

Cuando la conciencia nace en nuestro interior, podemos dialogar con ella y recibir orientación. Se desarrolla a través de la contemplación y del estudio regular de las enseñanzas de la sabiduría. La conciencia comienza a hablarnos y, a menudo, nos guía. Cerramos los ojos, dirigimos nuestro pensamiento hacia el interior y recibimos la respuesta de nuestra conciencia. Es una conexión centrada; podemos conectarnos con cada una de las acciones que realizamos. Cuando somos conscientes de nuestra conciencia, esta nos indica con gran claridad si debemos hacer o cambiar algo ahora o más adelante. Entonces, simplemente seguimos

nuestra conciencia y hacemos lo que nos sugiere. Cuando hemos desarrollado la conciencia, la vida se nos hace mucho más fácil.

El discipulado es un esfuerzo por actuar como alma y no como una gran personalidad. Por eso es importante consultar regularmente a la conciencia. Un discípulo está siempre en diálogo consigo mismo, un diálogo entre su conciencia y su personalidad. Desarrolla su conciencia constantemente y somete a examen de conciencia las acciones cotidianas de su personalidad. Comprueba con regularidad si sus pensamientos, palabras y acciones se ajustan a su conciencia. Esto fomenta el proceso de cuestionamiento y autoanálisis a través de la introspección. Este diálogo es un aspecto importante en la vida de un discípulo. Estar en armonía con la conciencia es siempre más importante que obtener una ventaja o beneficio concreto de las acciones. En la introspección hay que preguntarse: ¿Estoy haciendo realmente lo que debo hacer? ¿Qué programa estoy cumpliendo? ¿Me mueve mi personalidad o mi alma? Solo hay un YO SOY. ¿Existe en la personalidad o gobierna sobre ella? La mayoría de las personas adaptan su forma de vida a la opinión pública. Muchos intelectuales no se oponen, aunque quizá consideren que lo correcto es otra cosa. Hacen concesiones para ser reconocidos en la sociedad. Desde un punto de vista espiritual, esto no es más que satisfacción personal a costa del yo, del alma y, a largo plazo, también a costa del bien común. Con ese comportamiento, matamos nuestra conciencia.

Desarrollo de la Conciencia

Justo al comienzo del camino del discípulo se introduce el principio del «aquí y ahora». Es el principio de la vida consciente. Cuando practicamos estar en el «aquí y ahora», estamos profundamente conectados con nuestra conciencia. Nos sumergimos por completo en lo que estamos experimentando en ese momento. Por ejemplo, si prestamos mucha atención a nuestro cepillo de dientes y no nos limitamos a mirarlo de forma superficial, nos aseguramos de aplicar con cuidado la pasta de dientes en el cepillo y de cepillarnos los dientes. Nuestros pensamientos se centran por completo en ese momento y no en otra parte. Cuando comemos, lo hacemos de forma muy consciente, y lo mismo ocurre cuando nos movemos. De esta manera, desarrollamos un estilo de vida muy consciente.

Si seguimos lo que nos dicta la conciencia, nuestros procesos mentales se van desarrollando poco a poco. Cuando obtenemos conocimientos a través de la información, debemos reflexionar sobre ellos y, si es necesario, volver a analizarlos. Si nos lanzamos a algo demasiado rápido, es probable que más adelante lo abandonemos. La actividad precipitada es una artimaña de la mente para poder descartar el asunto más adelante. No aceptamos nada demasiado rápido ni nos alejamos de ello con demasiada prisa. Debemos someter toda la situación a nuestra conciencia, pero no a nuestro razonamiento.

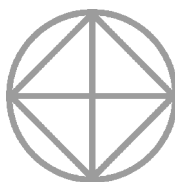
Hasta que hayamos desarrollado lo suficiente nuestra conciencia y estemos completamente seguros de nuestra voz interior, es bueno conectar con alguien en quien confiemos y en cuya sabiduría creamos. Especialmente cuando tenemos dudas, es mejor preguntar a alguien que haya desarrollado su conciencia, no a cualquiera ni a todo el mundo. De lo contrario, no sabremos qué consejo seguir. Cuando se nos haya dado un consejo, reflexionemos por nuestra cuenta durante dos o tres días y sigamos nuestra conciencia. Una vez que hayamos tomado una decisión consciente, aceptemos las consecuencias, sean cuales sean. Nunca critiquemos a quien nos ha aconsejado, pues fuimos nosotros quienes le pedimos consejo.

Si no encontramos a nadie a quien pedir consejo, podemos abrir un texto sagrado. Un texto sagrado no es simplemente un libro de papel, es un ser. Cuando lo abrimos y leemos una página, nos muestra un camino. También se nos presentan diferentes ejercicios, ya sea desde nuestro interior, a través del maestro o mediante la recomendación de un libro. Algunos de estos métodos se dirigen directamente a nuestra conciencia. Estos son los mejores métodos para cambiar algo en nuestra vida. Siempre debemos guiarnos por nuestra propia conciencia y tomar decisiones de forma consciente. Quien ha desarrollado la conciencia puede identificarse con el otro. Tiene la capacidad de sentir dentro del otro y establecer contacto con la conciencia interior de este. Es una conciencia en muchos. Desde este punto surge entonces un consejo. Esta es una forma de recibir orientación. Cuando la orientación está en nuestro interior, es lo mejor.

No debemos ser imitadores, sino hacer lo que consideramos correcto, ya que surge de nuestra conciencia: a través de nuestra conciencia obtenemos orientación, pues, en el fondo, somos un alma. A través de la conexión con un verdadero maestro, nuestra conciencia se despierta cada vez más. Poco a poco, la conciencia se fortalece y envuelve a la personalidad con un manto en el que la conciencia resplandece como la luz del alma. En la forma superior de comunicación entre el alma y la personalidad, esta última recibe su programa del alma y lo desarrolla día a día. Nos convertimos en maestros de nuestra vida y en ejemplos que otros pueden seguir.

El ideal del discipulado consiste en entrar en contacto con la corriente subyacente de la conciencia única de la humanidad. Podemos entrar en contacto con este nivel adentrándonos en capas cada vez más profundas de nuestra propia conciencia, hasta alcanzar la capa más profunda, que es la conciencia única de toda la humanidad. Este es el plan de estudios y el ámbito de actuación del discipulado actual. Nuestro deber diario es nuestro plan de estudios. La conciencia única de la humanidad es el examen. Intentemos demostrar nuestra aptitud.

Fuentes utilizadas: K.P. Kumar: From the Teacher's Pen. Varias notas de seminarios. Dhanishta, Visakhapatnam, Indien (www.aquariusbookhouse.com).



¡La Buena Voluntad es contagiosa!

El Mensajero Lunar se publica en Alemán, Español, Francés e Inglés. Solicite ser incluido en nuestra lista de distribución: guter-wille@good-will.ch. Información adicional en www.good-will.ch. Si no desea seguir recibiendo El Mensajero Lunar, sírvase hacernos llegar una breve nota.

Círculo de Buena Voluntad.